

## *Evocación de D. Agustín Millares Carlo*

JESÚS ALTURO I PERUCHO  
Catedrático de Paleografía y Diplomática  
Miembro del Comité International de Paléographie Latine

Todos, ya de pequeños, hemos aprendido a querer a hombres y mujeres que no hemos conocido personalmente. Lo que otras personas, respetadas y queridas, nos han ido contando de ellas, de su vida y de su obra, nos ha impresionado por diversos motivos y su nombre, primero quizá sin rostro, pero luego perfectamente dibujado en nuestro imaginario particular, se nos ha hecho próximo. Más tarde, tal vez, la curiosidad nos ha inducido a indagar por nuestra cuenta sobre el por qué de ese atractivo y, sin percatarnos, se ha ido hilvanando una amistad, un afecto, que, como la escritura, trasciende las barreras del tiempo, sobre todo si lo que admiramos es la virtud en su más noble sentido. Lo dice, con inmejorable claridad, Cicerón: “Nihil est enim uirtute amabilius, nihil, quod magis adliciat ad diligendum: quippe cum, propter uirtutem et probitatem, etiam eos, quosnumquam uidimus, quodam modo diligamus”.

Cuando comencé a interesarme por la Paleografía, Agustín Millares Carlo era para mí simplemente un nombre asociado a un voluminoso y denso manual. Pero, poco a poco, conocí otras obras de ese autor y, en todas sus páginas, descubrí siempre una vasta erudición, una crítica ponderada y respetuosa, una distinguida elegancia en la forma y en el fondo, y, en definitiva, una profunda sabiduría, unas cualidades que, desgraciadamente, ya se estilan poco, pero que en D. Agustín eran fundamentales. En ellas sustentaba aquella panorámica visión de la evolución de la escritura española o su monumental “Corpus de códices visigóticos”, que acaba de aparecer, o tantas y tantas otras obras suyas.

Poco a poco me interesé también por el hombre que se escondía detrás de

esa figura. No fue ajeno a ese interés algunos comentarios escuchados a mi maestro, D. Anscari M. Mundó, sobre D. Agustín, al cual se refiere siempre con la mayor y más afectuosa simpatía y estimación. Más de una vez le he oído afirmar, sin la menor vacilación, que D. Agustín ha sido el mejor paleógrafo español de todos los tiempos.

Por eso fue para mí motivo de gran satisfacción poder participar en el merecido homenaje que Canarias y la comunidad científica, nacional e internacional, le tributó con motivo del centenario de su nacimiento. Ese congreso, tan cordial y de tan grato recuerdo, que la UNED organizó en torno a su polifacética personalidad, sirvió para poner de relieve, de nuevo, la gran aportación de D. Agustín a la Historia de la cultura dentro de una amplia variedad de disciplinas estrechamente hermanadas, que el Maestro dominaba a la perfección, pero también sirvió para subrayar, una vez más, su compromiso ético, con la sociedad y con él mismo, su hombría de bien y, en definitiva, su bondad.

No conocí personalmente a D. Agustín, pero puedo afirmar que su figura, sus grandes conocimientos, su desbordante humanidad, su auténtico humanismo, forman parte ya de mi propio paisaje y, aún, me atrevería a decir, del de otros paleógrafos de mi propia generación, porque la obra y el ejemplo de D. Agustín han calado hondo en nuestros corazones. Por ello agradezco muy sinceramente a los organizadores de este nuevo homenaje que me hayan permitido participar en él, no desde el imposible recuerdo personal, pero sí desde el sentimental.